

Z
412

1

*Entrada en 1928. Mayo de 1924 y en mayo de 1925.
A. Medina.
Madrid, 1928.*

 MINISTERIO DE CULTURA
BIBLIOTECA NACIONAL

Paseo de Recoletos, 20
28071 Madrid
Teléf.: 580 78 00
Telefax: 577 56 34

Z-412

SIGNATURA: . . Año. 1841

REDUCCION: **11**

ESCALA GRAFICA



he observado, tanto en cabeza ajena, como en mi cabeza propia, que mil veces, abusando de mi buena fé, me ha dado gato por liebre. El Pensamiento, te advertirá acaso alguna vez, habiéndote de alguna cosa dada, que tal pensador profundo, por ejemplo, puede pensar con toda la profundidad que quiera, porque al fin y al cabo quien se lo ha de quitar, pero no puede formular lo que piensa, y te lo advertirá, para que si acaso no eres cauto, y tienes la maldita costumbre de leer todo lo que te se presenta, no vayas á creer que has leído algo, despues de haber andado gateando por la nada, de algun libro mal escrito.

Confésame francamente, lector querido, y si no quieres no me lo confieses, que te sucede una cosa muy parecida á lo que á mí me está sucediendo ahora, que es lo siguiente. — Me sucede, que de resultas sin duda de estar enamorado, ó de sentir otro afecto grato ó ingrato, ó bien de no sentir nada y tener la cabeza y el corazon lo mismo que la palma de la mano, — me sucede..... no lo creerías si yo mismo no te lo dijera, y á no haberte manifestado los poderosos motivos arriba dichos, — me sucede que se me van acabando las ganas de escribir, lo mismo que á ti te se irán acabando las de leer.

No creas, ó lector, que solo por engañarte y hacerte leer algunas palabras mas, te he contado con tantos preparativos, que acaso creiste que te iba á contar otra cosa, el naturalísimo suceso de que se me acaban las ganas de escribir, presentando al mismo tiempo que á ti te sucede lo mismo ni mas ni menos con las de leer. Esto solo, lector bueno, no merecia la pena de que nos ocupáramos de ello tanto tiempo. A una idea mas profunda quiero yo ir á parar con estos antecedentes, á una idea consoladora para tí y para mí, y que seguramente, enunciada una vez, puede quitarnos un gran peso del corazon. Has de saber para tu gobierno, que no tenemos nosotros la culpa de cansarnos, sino que toda la culpa es del siglo en que vivimos, que á tí y á mí nos ha *frivolizado* el alma, hasta el punto de que ni tú puedes leer, y eso cansándote, otra cosa que un artículo de periódico, ni yo escribir otra cosa, y eso rablando, que lo que ha dicho ya en el mundo todo el que ha dicho algo, reduciendo por mí, en atención á las exigencias del siglo, á la forma de *artículo ligero*. ¡Deplorable situa-

cion la nuestra, que nacidos para las ciencias, andamos malamente entretenidos con las artes! Mas no te aflijas, lector, y sabe para tu consuelo, que por todos los caminos se llega á lo bueno, cuando es bueno el corazon del que viaja, y en vez de disgustarte de lo que hoy dias escribe, sin leer lo que se escribió, porque no quieres, ni lo que se ha de escribir, porque no puedes, ten paciencia, resígnate, y emprendiendo un *ligero* estudio comparativo de todo lo que se ha escrito en todos tiempos, te convencerás de que punto mas, punto menos, siempre la tontería ha campado por su respetó en el mundo, pero bien recibida solo por los tontos, mientras que el talento, no por eso ha huido nunca de quien estudioso le busca, y discreto le encuentra donde él verdaderamente está, que es en todas partes y bajo todas formas, y yo en una sola parte, ni bajo una sola forma.

Y ahora — epístola, artículo, prólogo, saludo, ó lo que quiera que fueres, que yo creo que lo eres todo, y no eres al mismo tiempo nada, voy á despedirme á manera de cancion, ayudándote con mis buenos deseos á que salgas volando por el mundo, sin abandonar nunca al PENSAMIENTO, que quiero que te acompañe por todas partes.

Adios! — y llevando mis respetos al silencioso gabinete del sabio, donde éste estará indudablemente sentado en su poltrona, rodeado de libros y de otras mil zarandajas, dile, tenga la cara que quiera, ya severa, ya bondadosa, ya tenga la frente rodeada con la aureola del talento y de la gloria, y acaso del sufrimiento, ya la tenga rodeada solo de algunos pocos y malos pelos, y marcada con la herradura de su mismo amor propio, que por defenderse á veces como los caballos mal domados, ha malparado de esta manera á su mismo dueño y señor natural:—dile en fin, sea el sabio que quiera, que allá vas tú, enviada con algun atolondramiento acaso, pero con muy buenas intenciones, para si es sabio benévolo, como á tí te gusta que sean los sabios, distraerle un rato con los periódicos que le envías, llenos de amor hacía él y de deseos de agradarle, y si es sabio de mala raza, para manifestarle lo mucho que todos sentimos en el mundo, que sea su sabiduría un tormento para él, y una inútil incomodidad para nosotros.

¡Adios, prólogo, adios! sin tí me quedo, y ojalá que al quedarme yo sin tí, y tú sin mí, no nos echemos ni uno ni otro á perder, yo con la corrupción del mundo, y tú con la corrupción de

las librerías! Adios! y cuando lo mismo que al gabinete del sabio, llevas El PENSAMIENTO á algun elegante *boudoir*, que es adonde mejor te acomodaría yo, — no me seas torpe, y cuida de agrandar mas á la mas hermosa, que no es menos la hermosa que la sabiduría, para que hagas tú distinciones entre sabios y sabios, y no las hagas entre hermosas y hermosas, que puesto que todas las mujeres lo son, como tú debes decir, por buena educacion y galantería, eso no quita que tí tengas sobre esto tus opiniones particulares, y tus preferencias apasionadas.

Adios, en fin, ó *prólogo*, que seguro estoy de que por donde quiera que vayas, se darán por suficientemente saludados los mas esigentes y ceremoniosos lectores, á quienes has querido dar, si acaso no has dado, un rato de entretenimiento inocente y una idea lógicamente desordenada, de la lójica, que con el aparente desorden, signo característico de un periódico, seguirá como norte y guia El PENSAMIENTO.

MIGUEL DE LOS SANTOS ALVAREZ.

ESTUDIOS BIBLIOGRÁFICOS.

LUIS VIVES.

I. Artículo.

Con razon nos echan en cara los extranjeros la indiferencia y descuido con que miramos nuestras glorias, y aun por ello mereceríamos inculpaciones mas severas, si las poco favorables circunstancias en que se ha encontrado España á contar desde la mitad del siglo XVII, no nos sirviese en cierto modo de disculpa. En cierto modo decimos, sin embargo, porque si bien la decadencia de la nacion regida un tiempo por Carlos V y Felipe II es harto notoria, todavía nos debe causar rubor pensar que en tal cual pacífico y huido intervalo que desde en-

PRIMERA SERIE, TOMO I, 1.^a ENTREGA.

tonces acá ha disfrutado el pais, no solo haya quedado por soldar la cadena de la civilizacion con que en mejores dias llamamos ciniendo la redondez de la tierra, sino tambien que hayamos dejado carcomerse de orin sus resplandecientes estalones. ¡Lástima grande por cierto que las ideas mas nobles y benéficas que por su propia fecundidad y vigor parecian escudadas de los ataques del tiempo y del embate de las vicisitudes públicas, se amortiguen por circunstancias, cuyo alcance no debiera llegar á tan elevadas regiones! ¡Lástima en verdad que nombres por tantos títulos ilustres puestos por la mano de Dios como otras tantas piedras miliarias en el camino de las generaciones, vengán abajo con miserable estrago, arrastrando en su caída la influencia y hasta el recuerdo quizá de una época ennoblecida con grandes hechos y descubrimientos! La humanidad está destinada tal vez á perfeccionarse tanto por sus adelantos como por sus retrocesos, así por sus esperanzas como por sus desencantos, y en esto sin duda se cifra el secreto del silencio injusto á que se ven condenadas voces en otro tiempo poderosas, obras gigantescas que abaraban el conjunto de su siglo y fijaban la época de una transicion completa en las ideas, emancipándose de lo pasado y lanzándose con ánimo resuelto á los caminos del porvenir.

Tales fueron las obras y trabajos de Luis Vives, hombre de raras cualidades, que por la estension de sus estudios, por su infatigable constancia, por sus pensamientos atrevidos, por su sino y agudo criterio, por la pureza de sus costumbres y la elevacion de su carácter, llegó á ser como el oráculo de sus contemporáneos y el archivo animado de los conocimientos de su siglo. Temple maravilloso se necesitaba para atropellar por tantos obstáculos como embarranzaban los caminos del saber y de la razon, para removerlos sin mas auxilio que el de una voluntad enérgica y firme, para convertirse en el intérprete de tantas esperanzas como abriga la humanidad en todas las épocas de transicion, y conservar al mismo tiempo aquella prudencia y tino esquisito que templa la vehemencia de los deseos, organiza las tendencias, dirige los esfuerzos hacia un término útil y noble á la vez y camina á la conquista de lo futuro sin romper con las tradiciones y con la historia, aprovechando cuantos elementos de progreso deja sembrados el transcurso de los tiempos.

Cuando Juan Luis Vives vino al mundo (1492)



el principio de la civilización cristiana acababa de quedar triunfante en España con la toma de Granada; el poder real se consolidaba en las hábiles manos de los Reyes Católicos y de su ministro el cardenal Jimenez de Cisneros: la imprenta iluminaba el mundo con sus primeros resplandores: la caída del imperio griego y la pérdida de Constantinopla traía á Europa las teorías de los antiguos griegos: sus obras originales despertaban en Italia el génio de las bellas artes; desenvolvíase prodigiosamente el comercio con la emancipación de sus ciudades, y al paso que el descubrimiento del Nuevo-Mundo extendía las ideas y comunicaba un vigoroso impulso á los espíritus, por donde quiera se trasladó la necesidad de las reformas filosóficas y aun religiosas. A vista de tan extraordinario concurso de circunstancias tan felices como inesperadas, parecía que la serpente simbólica de los antiguos que representaba el círculo eterno de las edades, se desdoblaba de su piel áspera y oscura para trocarse por otra arrollada de hermosos y apacibles colores.

Sin embargo, estos hechos eran demasiado recientes y carecían por lo mismo de aquella autoridad que les comunica á la vez el transcurso del tiempo, el ensayo de sus ventajas y la luz de la razón: semejantes al espíritu de Dios cuando era llevado sobre las aguas, solo muy poco á poco iban desecando las nieblas que cubrían el campo de las ciencias. La filosofía escolástica, embestida ya por diversas partes, defendía á palmos su terreno, escudada con la larga costumbre de su predominio, apoyada en sus métodos *á priori* que tan bien se avenían con la unidad sintética y robusta del catolicismo, y fada por último en el desbarahuste y confusión del lenguaje y en el intrincado laberinto de sus distinciones sutiles y de su extraña terminología. Ni era solo moral la preponderancia que ejercían, pues no contenta con todas estas ventajas estaba además apoderada de todas las escuelas y colegios desde la primera enseñanza hasta la mas adelantada y sería, de modo que si bien luchaba contra la corriente de la época, todavía presentaba una falange numerosa y bien atrinchada.

Luis Vives asistió en Valencia al curso de la- tinidad de Gerónimo Amiguelo y de Daniel Sisó, de cuyas explicaciones no es de esperar que sacase gran fruto, porque la lengua de Ciceron y de Virgilio andaba tan desconocida y por el suelo,

que los Reyes Católicos tuvieron que ordenar expresamente su enseñanza á cuantos seguían la carrera eclesiástica y aun á las religiosas. El famoso Antonio de Nebrija habia enriquecido la España por entonces con el inmenso caudal de su erudición, y procuraba resucitar en ella el estudio de los hermosos modelos de la antigüedad y restituir á las ciencias el instrumento de un lenguaje culto y preciso. Habiale acogido con bondad suma y aun con sincera gratitud el cardenal Jimenez de Cisneros, y los pocos sabios que entonces en España habia, pero no en todas partes le miraban con los mismos ojos; de tal manera que Gerónimo Amiguelo alentó á nuestro Vives para que escribiese contra él una especie de invectiva, cosa á que no le repugnó prestarse engañado por la natural efervescencia de los pocos años y estímulo de las sugestiones de su maestro. ¡Triste principio de una carrera gloriosa el atacar de esta suerte la reputación de un hombre con cuyos esfuerzos y pensamientos habia de estar mas tarde en tan cabal armonía! Desgraciado entonces culpablemente, pero este suceso que el erudito Don Gregorio Mayans pone en duda, aunque nada tiene de extraño ni de perjudicial á la opinión de Luis Vives, es una prueba mas de los tropiezos que encontraban entonces por el camino los que se dirigían al santuario de las ciencias. Es probable que además de la lengua latina se dedicó igualmente á la griega, que enseñaba entonces un Bernardo Navarro, y aun al estudio del derecho civil, hijo la dirección de su abuelo maestro Enrique March, que explicaba las instituciones de Justiniano.

De todos modos este alimento era sobrado escaso para un alma tan elevada y codiciosa de saber, y aunque París no presentaba mucho mejor aspecto, era sin embargo el centro de las luces de la época, y allí acudían de todas partes jóvenes es tudiantes á cebarse en las interminables disputas de la escuela, y á sacar por único patrimonio del entendimiento la ciencia de las palabras y un buen repuesto de sutiles distinciones y de especies inaplicables al adelanto de las luces, y á la ciencia de la vida. Luis Vives, siguiendo el ejemplo de sus contemporáneos, se dirigió á París, donde le tocaron por maestros Gaspar Lax, natural de Sarriñena, en Aragon, y Juan Dullhard.

Era una especie de aforismo continuo en boca del último esta máxima estruena: «Cuanto mejor

gramático fueres, peor dialéctico serás;» sentimien- to de que el vulgo científico de la época partici- paba en tal manera que habia llegado á ser una especie de axioma. Mirábase como incompatibles las argumentaciones y disputas escolásticas con el habla castiza y depurada de griegos y latinos, como si las formas de que usaban en ellas hubie- sen venido de otra parte que no fuese la Grecia ó Roma: fenómeno extraordinario, y que en nues- tro entender requiere explicación.

Cuando los diversos sistemas filosóficos de Gre- cia trasladados á Roma, vinieron á perderse en un epicurismo grosero y hastiado durante la épo- ca de su decadencia, ya por la corrupción de las costumbres, ya por la incertidumbre y continuo recelo que á todos aquejaba con la presencia de las tempestades que se amontonaban en el porvenir; Alejandria fue el lugar donde se refugiaron los po- cos pensamientos profundos y dignos de la razon humana que flotaban sobre el caudal de Roma. Las teorías de Pitágoras, Platon, Aristóteles y Ze- non, habian hallado ya de antemano benigna aco- gida bajo el reinado de los Tolomeos, y un lu- gar distinguido en su escolástica biblioteca y entre los sabios reunidos y agasajados por la mu- nificencia de estos príncipes ilustres. Era además Alejandria la plaza comercial de mas importancia y escala universal de todas las comunicaciones con el Oriente, de modo que estas circunstancias reuni- das á otras muchas de segundo orden, hicieron de ella una especie de centro adonde se encaminaban todas las tendencias filosóficas que sobrevivían á época tan desastrosa. Mas el entusiasmo que ha- bían escitado las antiguas doctrinas, amortiguado y tibio con la relajación de casi todos los reso- rtes morales, habia cedido el puesto á un eclec- tismo vago y escaltado, favorecido por la necesi- dad de creencia y de consuelo, entonces mas sen- sible que nunca, y sobre todo desarrollado por el sentimiento nuevo y ardiente de la fé cristiana que mezclaba ya frutos sazonados á sus hermosos flo- res. La sociedad se renovaba entonces, y mal po- dían convenir á su infancia lecciones y sistemas hijos de una sociedad que habia llegado al tér- mino de la madurez por el sendero de la esperien- cia; razon por la cual de todos los dogmas filo- sóficos, solo fueron apreciados y cultivados los que favorecían el instinto contemplativo y místico de aquella época. Pitágoras y Platon encontraron por donde quiera discípulos y comentaristas. Aristó-

teles mismo, á pesar de su método analítico, ha- lló gracia á sus ojos por la vaguedad de algunos trozos de su metafísica: pero todos ellos sufrie- ron mutilaciones y alteraciones de cuenta para ha- ber de acomodarse á un orden de ideas tan dis- tinto del suyo. De este modo, enturbiado su cla- ro manantial, se abrió camino hasta llegar á la corte de los Califas, que por entonces rejaban un pueblo lleno de aliento y ansioso de toda suerte de glorias; pero allí les cupo la misma suerte que en Alejandria, pues precisados los filósofos arabes á conciliar sus doctrinas con el Alcorán, y sedu- cidos además casi siempre por su imaginación esca- tada, las adulteraron en tales términos, que los trabajos de Al-Kendi, Al-Farabi, Avicena, Abu- beker y Averroes, bien que preciosos para la his- toria de la filosofía, no hicieron otra cosa que desvirtuarlas mas y mas de su origen y natural des- tino.

Mientras esto sucedía en Oriente, los bárbaros habian acabado con la antigua civilización roma- na, y cuando el génio maravilloso de Carlo Mag- no quiso iluminar el imperio de Occidente con los resplandores de la sabiduría, durante una sé- rie de tres ó cuatro siglos, apenas se advierten sino esfuerzos infructuosos, atajados por lo aza-roso de las circunstancias y por la falta de guías competentes en la difícil carrera que emprendían los ingenios. Imitábase entonces la enseñanza á algunos libros de Aristóteles, y á tal cual frag- mento de Platon, no solo incompletos y mancos de por sí, sino tambien desfigurados por infieles comentaristas, cuales eran Porfirio, Boecio, Dio- niso Areopajita y San Agustín, marcados todos con el sello de la escuela de Alejandria.

A fines del siglo XI y principios del XII Rouse- lin y Abelardo intentaron sacudir el yugo del es- colasticismo, suscitando la famosa cuestion de los *universales*, y abriendo una serie de ideas y pensa- mientos, que si bien por prematuros no produje- ron los frutos que era de esperar, fueron de subido precio para la ciencia, así por la independencia preciosa que introdujeron en ella, como por los nue- vos caminos que abrieron á las reformas poste- riores.

En el siglo XIV empezó á ser conocido Aristóte- les de una manera mas completa, con la comuni- cación de los árabes de España, y Alberto llamado el Grande se constituyó en intérprete suyo, can- ti- vando para los dos la administración y aplauso uni-

versal: pero por desgracia sus doctrinas falsas ya por los árabes, lo fueron mas por traducciones defectuosas de un texto hebreo, y el filósofo griego tuvo que vestir por último el traje de la escuela y acomodarse á nuestra teología, y aun á los usos de nuestros doctores.

Consecuencia natural de tan errado sistema era el apartarse mas cada día de la verdadera filosofía, pero es preciso convenir en que los escolásticos procedían con lógica y concierto, ajustándose en un todo á las premisas que sentaban; y que aun esquivados por su falso criterio, hicieron descubrimientos de importancia.

Vino por fin el siglo XV, y los originales antiguos traídos por los griegos fugitivos de Constantinopla difundieron su luz por todas partes, y pusieron de manifiesto las capitales diferencias que existían entre los peripatéticos de Aristóteles y los de la escuela. Por donde quiera comenzaron á cultivarse con ardor las lenguas sábias: á un mismo tiempo resucitaron todos los sistemas de la antigüedad, y el escolasticismo, empujado con sus fórmulas y apasionado en las cadenas de sus métodos, ni fue poderoso á contrarrestar la influencia de las nuevas doctrinas, ni á acallar el espíritu de duda y de escámen que por una natural reaccion se despertaba en todas partes.

Esta revolución importantísima produjo en un principio, como era natural, mas eruditos que filósofos, porque el transcurso de los tiempos y la influencia de la costumbre habian robustecido de tal suerte las antiguas cadenas que no era fácil romperlas á la primera sacudida. La filosofía moderna habia adolecido desde su nacimiento de un vicio radical que despojádola de todo carácter original y espontáneo, la despojaba al mismo tiempo de toda fecundidad. Consistía este vicio en haber encontrado el arte del raciocinio y las formas de la ciencia antes de formar su razon y de encarnar en la ciencia; hecho que de por sí solo trastorna todo el concierto y subordinacion de las ideas. Los escolásticos pertrahados de toda clase de distinciones, nomenclaturas y argumentos, crecían de hechos positivos y de verdades adquiridas por medio de la observación, de modo que si bien manejaban algunos instrumentos, fabricaban en el aire, y ni aun á costa de los mas impios trabajos podían dar á los resultados un valor que no estaba en los elementos. Lo único que podían alanzar era multiplicar las com-

binaciones abstractas y las disputas de palabras, y disertar eternamente. Abelardo y los nominalistas subieron al origen de esta situación y procuraron cambiarla; pero no habia llegado aun la época de las reformas y era menester continuar por la hue-lla de la antigüedad durante mucho tiempo.

La emigracion de los griegos del bajo imperio y el recobro de sus antiguas hipótesis no fue bastante para acelerar esta transición, á pesar de su inmensa utilidad; porque el ansia misma y el entusiasmo con que las acogió la filosofía estenuada por sus propias sutilezas y falta de alimentos sólidos, alejaba todo espíritu de crítica, y solo daba lugar á la admiración, de cuyo ciego y confiada. El único consejero de la prudencia y de la sabiduría era la erudición, con lo que de nuevo se volvió á trastornar el orden de las ideas, porque se tuvieron por resultados definitivos unos sistemas que no debían de ser mas que una serie de experiencias destinadas á dirigir el espíritu humano en su nuevo camino. Las teorías en que brillaba alguna originalidad é invención se quedaban muy atrás de las griegas, por ser efecto de producciones sobrado espontáneas, que no estaban fundadas en la experiencia, antes bien estribaban principalmente en los instintos de la época.

Tal era la situación filosófica de la Europa cuando Luis Vives vino al mundo. Por un lado el escolasticismo atrincherado en las escuelas todavía y apoderado de la enseñanza, sin querer cejar en su propósito: por otro los sábios de la época vuelven los ojos á lo pasado, ocupados en la restauración de sus sistemas, pero ajenos en sus tareas de todo plan y unidad, y acordes únicamente en hacer cruda guerra á los escolásticos. El juicio claro y recto de nuestro compatriota abarzó de una sola ojeada el estado de las cosas y se trazó un camino que siguió después con infatigable constancia. Disgustado de los estudios de París y convencido de su inutilidad, se retiró á Bruselas cuyo buen gobierno, cultura y suaves costumbres se avenían perfectamente con su índole apacible y su carácter recogido. En la soledad de su retiro, entregado á serias meditaciones y penosos estudios, concibió la importante idea de manifestar los errores que abrigaban las ciencias y artes, así en su esencia como en sus fórmulas, tarea para la cual parecia nacido por el vigoroso temple de su criterio, prenda en que á todos sus contemporáneos adelantaba. Esta necesidad era la de mas

bullo en una época en que descubierta á los ojos de todos los hombres pensadores la impotencia de los métodos y la esterilidad de las ideas, solo por medio de un examen imparcial y severo y con la ayuda de un juicio desapasionado y frío podía limpiarse el campo de la razon de las infinitas malezas que lo cubrian. Sin derrocar los sistemas escolásticos, era de todo punto imposible abrir las ventanas del edificio majestuoso que todos los talentos privilegiados columbraban entre las nieblas del porvenir. Preciso era para esto restituir á la lengua latina su exactitud y pureza, trazar un cuadro histórico de la filosofía desde su origen hasta el estado en que entonces se hallaba, analizar sus tendencias durante estas diversas épocas y deducir finalmente de esta comparacion los trastornos y modificaciones que hubiese sufrido: plan verdaderamente gigantesco, para el cual se necesitaban no solo dotes extraordinarios, sino tambien la fé de aquellos tiempos en que la ciencia era una verdadera religion para los que lograban penetrar sus arcanos.

Luis Vives ensayó sus fuerzas con el tratado titulado *De Initio, Sectis et Lautibus Philosophorum* (Del Origen, Sectas y Alabanzas de la Filosofía) y con el libro *In Pseudis Dialecticos* (Contra los Malos Dialecticos), obras ambas que le granjearon universal aplauso, y que eran como el crepúsculo que prometa la brillante luz de los libros sobre la *Corrupcion de las Artes*, sobre la *Enseñanza de las Ciencias* y los *Comentarios á la Ciudad de Dios*, de S. Agustín. En la primera, con arreglo á su título, trazaba un cuadro reducido á la verdad, y no completo, del nacimiento y vicisitudes de la filosofía; pero lo que le faltaba en estension suplia ventajosamente el método ordenado, la sana y atizada crítica y las tendencias jenerales y profundas que resaltaban en él. Era el primer trabajo de este género que se llevaba á cabo: el buen gusto en la ejecución realzaba la importancia intrínseca del pensamiento: la filosofía recobraba su carácter elevado, y en cierto modo se desquitaba de su trivialidad recordando sus tiempos gloriosos ó esperando los no menos gloriosos que á mas andar se acercaban.

El segundo libro (*In Pseudis Dialecticos*) saca tira amarga, si bien merecida, del método que se seguía en las universidades, travida y bien fundada, armada de una ironía punzante y chistosa y atarvida además con las galas de una elocución

PRIMERA SERIE, TOMO I, 1.ª ENTREGA.

suelta, elegante y castiza, se ajustaba mejor á las necesidades de la época, aportillaba impetuosamente la vieja muralla escolástica, y ponía de manifiesto la pobreza de sus recursos: así es que al paso que fue la piedra del escándalo en las escuelas, cautivó la simpatía y el ojo de los verdaderos sábios.

Estas obras, que atendida la capacidad de su autor no pasaban de meros ensayos así por su fondo como por sus dimensiones, acrecentaron su reputacion de tal modo, que á los 27 años de su edad desempeñaba una cátedra en la universidad de Lovaina, y merecia la amistad de los hombres mas instruidos de su tiempo, y en particular de Erasmo de Rotterdam y de Tomás Moro, célebre canceller de Inglaterra.

Ocupábase por entonces el primero de estos en restituir á la luz del día las obras de los santos padres purgadas y limpias del moho, no solo de los comentaristas, sino tambien de los copiantes; y para ayudarle en esta importante tarea eligió á Luis Vives, que de muchos años atrás habia empleado no poco trabajo en las obras de S. Agustín, y le encomendó los comentarios y emendaciones que fuesen necesarias en ellos. Trabajo era este en que la curiosidad competía con la importancia, porque se trataba de determinar una de las series filosóficas mas notables de la antigüedad, y de averiguar la índole de la escuela de Alejandría que habia heredado toda la ciencia del moribundo imperio romano, y calentado al propio tiempo en su seno los instintos del cristianismo naciente. S. Agustín, el mas célebre de sus santos y doctores, se habia acomodado bajo las banderas de Platon, cuidando de recomendarle á los principios de la doctrina cristiana, cosa en verdad poco difícil á un talento como el suyo, pues le ayudaba en gran manera para ello el colorido de entusiasmo que se nota en todos las obras de aquel filósofo y su apego esclusivo á los métodos *á priori*. Luis Vives acometió la empresa con crecido número de datos, con una vista erudición é infatigable constancia, y la historia filosófica recibió un desarrollo y carácter que aun en el día nos agrada y sorprende. En especial las vicisitudes de la filosofía de Aristóteles entre los latinos y los árabes aparecieron con toda distincion y claridad en estos comentarios, primera muestra de un análisis detenido y fundado, en los tiempos modernos. Nosotros que abundamos en obras de la antigüedad perfectamente ordenadas, y

que gozamos del beneficio de la imprenta hace cuatro siglos, no podemos calcular á primera vista el esfuerzo y penalidad que llevaban consigo unas tareas en que era necesario muchas veces resaturar el original antes de juzgarlo y caminar á tientas en busca de su verdadero sentido.

Los comentarios á los libros de *La Ciudad de Dios* fueron recibidos con desiguales afectos y mas generalmente con desabrimiento marcado. Andaban los ánimos azorados é inquietos con los movimientos religiosos de Alemania, y no faltaba quien tildase á Erasmo de Rotterdam de parcial y amigo de las doctrinas luteranas. Esta fue la causa verdadera del desvío con que fue acogida esta obra, que no sus tendencias: punto que Luis Vives miró siempre con el mayor escrupulo, como lo manifiesta, no solo su correspondencia con Erasmo, sino tambien la firme y decorosa conducta que observó mas tarde en Inglaterra, cuando el celebre proceso de divorcio entre Enrique VIII y Catalina de Aragón. Sin embargo de todo la obra fue en algunas partes prohibida.

Como quiera, ni estas contrariedades, ni los sabores que acibararon su existencia en Inglaterra fueron bastantes para apartar á nuestro Vives de sus propósitos científicos, antes bien parecia encontrar en ellos alivio eficaz contra sus pesadumbres y pobreza. De vuelta de aquel país se ocupó con su acostumbrada diligencia en dar la última mano á su obra *De las Casas de la Corrupcion de las Artes*, obra que miraba como la corona de sus trabajos y de su reputación. Ni era de extrañar que en tanto la tuviese, cuando en ella estaban representadas, no solo las necesidades de la época, sino tambien el fruto de una vida empleada en el estudio y en profundas meditaciones. Para analizarla como es debido, para comprender lo vasto de su plan, la solidez de su doctrina, la penetración de su análisis, y el prodigioso caudal de conocimientos que contiene, no bastan las páginas de un periódico como este: volúmenes se necesitarían si se hubiese de presentar bajo todos sus aspectos y relaciones.

La misión de Luis Vives era crítica en todo el rigor de la espression, porque si algo podia aprovechar en medio del caos filosófico de aquel siglo, era la luz de la razon y del exámen; así es que en ninguna de sus obras aparece tan elevado y tan dueño de la situación como en esta. «No se propone en ella fundar un sistema ni crear una nue-

va secta, sino pedir á las esisientes los títulos de su legitimidad, abrir un sendero nuevo, pues la naturaleza que produjo aquellos hombres célebres ni está agotada ni estancada; llevar en todo por guia á la esperiencia, y así como estos mismos ingenios observaron, combatieron y enmendaron lo que discurría de sus principios, del mismo modo mostrar sus errores y enderezar su marcha, sin desviarse de su ejemplo. Acaso si hay quien tome después á su cargo la correccion de sus yerros, se llegará á una serie nueva de conocimientos que encierre á la vez principios fijos y métodos perfectos.» Estas son las principales razones de las varias que en términos sencillos y nobles dirije á sus discipulos en el prólogo de su obra, y que desde luego revelan su objeto y fundamental idea.

Dividese en siete libros puestos por el orden siguiente. Primero: *De las causas generales de la corrupcion de las artes*. Segundo: *De la corrupcion de la Gramática*. Tercero: *De la corrupcion de la Dialéctica*. Cuarto: *De la corrupcion de la Retórica*. Quinto: *De la corrupcion de la Filosofía natural*, de las *Matemáticas* y *Medicina*. Sexto: *De la corrupcion de la Filosofía moral*. Séptimo: *De la corrupcion del Derecho civil*.

Por esta clasificación se vendrá facilmente en conocimiento de que Luis Vives no solo abaraba el conjunto de la ciencia en su tiempo, convirtiendo su obra en una verdadera enciclopedia, sino tambien de que la encadenacion de sus ideas no podia ser mas lógica y rigurosa. Asegurando por fundamento de todo la Gramática, como el único medio de dar al pensamiento aquella precision y claridad en que se funda la comunicacion de las nociones de todas clases, Luis Vives resucitaba á un mismo tiempo el buen gusto, y abria camino á una dialéctica cuerda y juiciosa, sobre la cual estribaban á su vez cuantas ciencias eran entonces el patrimonio del ingenio humano. El libro segundo contiene un análisis erudito por demas, y razonado de las diversas causas que habian traído á tan lastimoso estado el habla latina que entonces era la lengua jeneral de los sabios; y después de probar cumplidamente el triste influjo que habia ejercido esta corrupcion en todos los ramos del saber humano, concluye con una severa censura de los libros de caballería en que su espíritu razonador y positivo no veía mas que fábulas insipientes, demandas de todo fundamento y verdad, y propios solo para entretenimiento de jentes ig-

norantes y desocupadas. Vives combatía con la razon estas erecciones del entusiasmo y de la imaginacion que el injenio de Cervantes iba á reducir á pavesas dentro de poco.

En el libro segundo penetra el autor en los senos de la antigüedad, desarrolla la doctrina de Aristóteles con escisitud pismosa, pone en claro las alteraciones que sufrió con las traducciones á la lengua latin incapaz de rellejar todos los matices y delicadezas de la griega, por su jénio austero y grave; señala en seguida con el dedo su degeneracion cada vez mayor, y haciendo minuciosa anatomía de las formas silojísticas de la escuela, descubre su inutilidad y ningun valor. En los siguientes libros manifiesta el mismo temple de criterio, y sobre todo en el tercero, donde patentiza los muchos errores de Averröes, tenido entonces en gran veneracion.

Esta obra fijó las ideas y llamó la atencion en tales términos, que todos los filósofos de nota que por entonces se sucedieron, fueron á beber en su fuente cristalina. Pedro la Ramée, que después atacó á Aristóteles con menos respeto y veneracion de la que merecia tan ilustre maestro, fue acusado de plagiarlo por sus contemporáneos y no sin fundamento, porque en realidad sacaba del arsenal de Vives todas sus armas, si bien no imitaba ni su circunspeccion ni su cordura. Gasendi, que tanta gloria dió á la Francia, confiesa injenadamente que la lectura de Luis Vives y Charron fueron las que mas le alentaron á sacudir el yugo escolástico; y si preciso fuera amononar citas y ejemplos de esta clase nos sobrarian autoridades respetables de que echar mano.

Luis Vives, que parecia destinado esclusivamente á derribar el informe edificio de la falsa filosofía, pensó tambien en levantar uno nuevo; empresa que carecia de sazón y que de consiguiente no pudo llevar á cabo. Sus libros *Del método de la enseñanza* (*De Tradendis Disciplinis*) *de Instruimento Probabilitatis*, y *de Prima Philosophia, sive, De Infinito Naturæ Opificio*, aunque abundantes en ideas sanas y llenos de revelaciones importantes, carecen de aquella unidad y armonía que vivifica los sistemas y anuncia los grandes descubrimientos. Ni podia ser menos en una época en que la gran fermentacion de los espíritus y la fluctuacion de las opiniones solo daban lugar al combate y á las artes de la guerra, pero de ningun modo á las teorías que nacen en el seno de la paz, cuando abonanza el mar de

las disputas y deja ver por entre sus olas socorridas las riquezas que guarda en su fondo.

Otro hombre estaba destinado á recoger los frutos de los trabajos de Luis Vives y á oscurecer su brillo en tales términos, que apenas merece un lugar subalterno su memoria entre los historiadores de la filosofía así estranjeros como nacionales. Este hombre fue Bacon, luz y corona de Inglaterra, que dotado de un talento creador, supo reunir todos los elementos dispersos de la ciencia, organizarlos con raro acierto y componer un sistema jeneral profundamente combinado, segun el cual *las ciencias se asemeñaban á otras tantas pirámides cuya base era la esperiencia, y cuya cuspide ocupaban las acciones*. Pensamiento atrevido que abria el paso á un órden nuevo de cosas en el imperio de la inteligencia, pero que hubiera sido imposible no ya de realizarse, mas ni siquiera de concebirse, á no haber encontrado desembarazado el camino y señalado el rumbo en las doctrinas de Luis Vives, y de los filósofos contemporáneos. Sus esfuerzos dieron con la fábrica de los errores en el suelo, su perseverancia limpió y allanó el terreno, su diligencia allegó los materiales para el nuevo edificio y aun dejó trazadas sus dimensiones: ¿qué faltaba ya sino que el arquitecto se mostrase y el templo de la ciencia se levantase bello, magistoso y bien proporcionado? Ann así la gloria de Bacon será eterna, y nosotros los primeros la reconocemos y actuamos; pero á fuer de españoles y amigos de la justicia, nos hemos creído obligados á volver por la fama de un compatriota que con tan calificados títulos la alcanzó. En la carrera de la civilizacion no es menos útil el que acaba con los males que el que acerta á plantear los bienes, y el jéno en cualquier tiempo y lugar es el delegado de Dios en la tierra.

ENRIQUE GTL.

